

PROLOGO

El estudio del desarrollo del capitalismo chileno se encuentra, en general, poco estudiado. Manuel Riesco, en "Desarrollo del Capitalismo en Chile Bajo Pinochet", hace un gran aporte a esta necesidad. El estudio, de otra parte, permite apreciar los cambios significativos que se han producido en la economía y la sociedad chilena desde el momento del golpe de Estado. Un gran valor de la obra es su detenido análisis de la realidad concreta, a la luz de la teoría marxista.

El autor, con rigurosidad, reconoce que el análisis efectuado adolece de limitaciones en diferentes esferas. En verdad, queda mucho aún por profundizar, conocer más a fondo. Ello en definitiva es una tarea permanente, si se considera una realidad en constante cambio. El libro polemiza con diferentes interpretaciones y concepciones, que visualizan de otra manera los cambios producidos en el país. En particular lo hace con las formulaciones que niegan el desarrollo capitalista del país y con la posición - muy común en este último tiempo - de olvidar el carácter reaccionario y contradictorio de este desarrollo, propio en general del capitalismo y llevado a sus formas extremas por el esquema económico seguido en este período en Chile, el más favorable al desarrollo de la dependencia y a potenciar al capital financiero interno. Riesco destaca, acertadamente, que "el conocimiento se abre paso a través de la polémica". La creencia de verdades indiscutidas, por el contrario, paraliza el proceso de creación. Por ello mismo, la publicación resulta una invitación a continuar discutiendo sobre no pocos asuntos - teóricos y concretos - aún no plenamente resueltos.

En el período analizado las contradicciones sociales se han exacerbado. "El desarrollo capitalista, en general - señala Riesco -, se desenvuelve en medio de enormes y crecientes contradicciones; éstas son agravadas por el hecho de ser el nuestro un país dependiente del imperialismo, y la actual una época de cambios cualitativos y profunda crisis del sistema capitalista en su conjunto. Estas contradicciones - agrega- se han agudizado a un grado extremo en Chile, durante los años de fascismo, es

decir, del régimen de los monopolios capitalistas instalados sin contrapeso en el poder absoluto de un estado terrorista" (pág. 31).

La visión apologética de la política económica seguida - que alcanza a parte de la oposición - pierde de vista esta realidad. Los hechos, sin embargo los muestran a cada paso con extraordinaria fuerza. Una nueva ratificación de ello se encuentra en la encuesta suplementaria de ingresos, realizada por el Instituto Nacional de Estadísticas. La investigación constata que en el último trimestre de 1988, el decil más rico de la población se apoderaba del 46,78% del ingreso total. En cambio, el 60% más pobre percibía únicamente un 26,81% del mismo. La situación de los hogares más pobres es extraordinariamente dramática. En verdad, se trata de personas marginadas prácticamente de la sociedad. El decil más pobre recibió en Octubre - Diciembre de 1988 escasamente un 1,63% del ingreso total. El 20% más pobre accedió a apenas un 4,23%. Es un 20% de los chilenos que viven en la indigencia.

Esta redistribución regresiva del ingreso continuó profundizándose durante los años ochenta. La teoría del "chorreo" no se ha materializado. Una minoría tiene una presencia cada vez mayor en la distribución del ingreso mientras que se reduce la de la gran mayoría de la población. De acuerdo a los antecedentes entregados por el INE, entre el último trimestre de 1978 y los mismos meses de 1988, la participación en el ingreso del 10% más rico subió en algo más de 10 puntos, 36,52 a 46,78% del total. En cambio la participación de los seis deciles de menores ingresos se redujo de 28,2% a 26,81% - Po su parte, el 30% restante- ubicados en la mitad superior en la distribución del ingreso- también vieron bajar su presencia de 35,06% a 30,59% - La política económica fascista es cerradamente de clase y está orientada en beneficio de una capa reducidísima de la población. En rigor, desde el punto de vista de clase, su objeto central es beneficiar al capital extranjero y a los principales grupos económicos internos.

El porcentaje de los chilenos que se encuentran en pobreza es muy elevado. A medios de 1988, un estudio efectuado por el investigador de la Universidad Católica, Arístides Torche, condujo a la conclusión de que en Chile existían más de cinco millones de chilenos en la pobreza. Ello produjo

una gran polémica. Se estaba en vísperas del plebiscito de Octubre de 1988 y los propagandistas de la dictadura lanzaron una gran campaña tratando de refutar esta conclusión. Sin embargo, los datos entregados por la encuesta suplementaria de ingresos confirman y con creces la magnitud de los hogares chilenos sumidos en la pobreza. *** La canasta mínima de satisfacción de necesidades básicas, que elabora el Programa de Economía del Trabajo, en Septiembre de 1989 tenía un valor superior a los 55.600 pesos. Si se considera que los chilenos en lo que va transcurrido el año han visto reajustarse sus ingresos en un porcentaje similar al de la variación del IPC, se concluye en que alrededor del 60% de los hogares no recibe lo necesario para adquirir la mencionada canasta mínima. El número de chilenos en la pobreza supera largamente a los seis millones. Ello no es casual, el esquema económico seguido impone altas tasa de superexplotación y la marginalidad de una parte importantísima de la población.

El libro muestra nítidamente que en los años de dictadura el país ha alcanzado niveles de dependencia sin precedentes. El desarrollo capitalista, escribe Manuel Riesco, "lejos de eliminar la dependencia y la explotación capitalista, las acentúa" (pág. 286). Las formas que adquiere la dependencia son múltiples. Entre ellas se puede destacar, por su particular gravitación sobre el país, la sangría permanente proveniente del endeudamiento externo, la relación desigual que se establece en el comercio exterior y que conduce normalmente al deterioro de los términos de intercambio, la supeditación tecnológica y el dominio directo de empresas transnacionales en el país, a través del control de patrimonios físicos.

El endeudamiento externo, como anota Manuel Riesco, conlleva "un drenaje de recursos gigantescos" (pág. 289). En 1988, el servicio de la deuda ascendió a 2.261 millones de dólares. Su monto para 1989 se calcula en 2.334 millones de dólares.

Las estadísticas oficiales vienen entregando una visión disminuida del monto de la deuda externa. En Julio de 1989, la cifraba en 16.789 millones de dólares. Pero en dicho monto no considera las obligaciones con el Fondo Monetario Internacional, que superan los 1.200 millones de dólares, ni tampoco las obligaciones de remesar utilidades

contraídas al autorizar capitalizaciones de pagarés de la deuda externa, con cargo al capítulo XIX del compendio de normas de Cambios Internacionales. Las operaciones efectuadas a través de este mecanismo sobrepasaban en Junio de 1989 los 2.500 millones de dólares. La obligación establece que estas operaciones puedan empezar a remesar utilidades a los cuatro años de haberse efectuado. Las capitalizaciones de pagarés de la deuda a través de capítulo XIX adquirieron dimensiones significativas a partir de 1987, creciendo en los años siguientes, es decir, las remesa de ganancias por este concepto puede empezar a ser importante a partir de 1991. Como señala Manuel Riesco, el beneficio inicial por no pago de intereses se transforma a corto plazo en pago de utilidades, que usualmente son mayores que los intereses (pág. 358).

Los compromisos contraídos para 1991 superan largamente las posibilidades de la economía chilena. Para ese año, el servicio de la deuda externa sin considerar las remesas de utilidades por concepto del capítulo XIX se calcula en 3.400 millones de dolares. Sobre esa cantidad, las deudas renegociables llegan a 787 millones de dólares. 2.163 millones de dólares son obligaciones contraídas con instituciones que hasta ahora han quedado al margen de los procesos de renegociación. La composición del endeudamiento se ha modificado. La banca transnacional ha reducido fuertemente la magnitud de sus acreencias. Los pasivos totales con la banca comercial, que son los tradicionalmente sujetos a renegociación, además de las obligaciones con Gobiernos, se estiman en alrededor de 6.500 millones de dólares. El financiamiento de estas obligaciones demandará gestiones de nuevo tipo, en consonancia con las nuevas realidades que se observan a nivel internacional. El plan Brady, al margen de sus limitaciones, constituye un reconocimiento explícito de la dimensión internacional del problema, la política de la dictadura de prepagar parte importante del endeudamiento con cargo a recursos del país, que podrían haberse destinado a otros fines, resulta altamente inconveniente si se tiene presente el reconocimiento creciente de que el problema de la deuda requiere de soluciones políticas.

Desde 1986, ha crecido extraordinariamente la presencia directa en el país de corporaciones transnacionales. Hasta esa fecha, dicha presencia sin ser despreciable era relativamente baja, dos hechos estimularon

fuertemente este proceso. Uno de ellos fue la capitalización de pagarés de la deuda externa como inversión extranjera, permitiéndose transformar papeles, de otra manera difícilmente cobrables, en patrimonios físicos. La dictadura estimuló estas operaciones con un fuerte subsidio, que pudo cifrarse, hasta mediados de 1989, en alrededor de 1.000 millones de dólares. Este subsidio se entregó por la vía de recibir el Banco Central en cerca de su cotización nominal documentos que se transaban en los mercados financieros internacionales al 60% de ese valor.

Paralelamente se procedió a privatizar empresas, en muchos casos por debajo de su valor real. En definitiva, el proceso de extranjerización fue impulsado por el propio régimen, creándole extraordinarios incentivos. El ex ministro de Hacienda, Hernán Buchi, es uno de los artífices principales de este proceso de entrega al mejor postor.

Junto al proceso de ingreso de capitales vía capítulo XIX, se sumó su aumento por los mecanismos establecidos en el Estatuto del Inversionista Extranjero. Este tipo de inversiones, en los años de dictadura, tuvo dos momentos de auge. El primero de ellos se produjo entre 1978 y 1982, período en que se concretaron inversiones directas por 1.537,19 millones de dólares. El segundo se inició en 1987. Desde dicho año, al 10 de Agosto de 1989 habrían ingresado inversiones por 1.826,09 millones de dólares. Las inversiones, por este concepto, se han concentrado, fundamentalmente, en los momentos de reanimación y de auge del ciclo económico.

Hay consorcios transnacionales con inversiones en el país muy cuantiosas, por ejemplo, la Exxon ha materializado inversiones en la minería del cobre por más de 1.000 millones de dólares. El consorcio angloholandés Shell lo ha hecho por más de 500 millones de dólares, ampliando su presencia en el país al sector forestal y a la minería aurífera. El grupo de origen neozelandés Carter Holt Harvey, cuyas principales inversiones en el país se han realizado en sociedad con Anacleto Angelini, ha ingresado más de 300 millones de dólares y su interés principal se concentra en la industria forestal y en el sector pesquero. Como se puede apreciar, las principales inversiones extranjeras se han concentrado en esferas de alta rentabilidad, vinculadas al sector exportador.

Algunos de los principales consorcios financieros norteamericanos acreedores del país prefirieron no colocar sus pagarés de la deuda en los mercados financieros, si no transformarlos directamente en propiedad sobre patrimonios físicos. Así aconteció, para mencionar el caso de la más grande institución financiera norteamericana, con el poderoso Citibank. Hasta Octubre de 1989, el Citibank había capitalizado pagarés en su poder por un equivalente a 126 millones de dólares. Su director en Chile, Ted Dreyfus, declaró en esa fecha que no se descartaba capitalizar pagarés por otros 150 millones de dólares, en la medida en que hubiesen "proyectos rentables". El mencionado ejecutivo explicó las razones que condujeron al Citibank a actuar de este modo. la decisión declaró, "es básicamente producto de dos cosas. Por un lado - agrego-, el capítulo 19 nos da la posibilidad de hacer inversiones usando nuestros propios papeles de la deuda y, al otro lado, el Federal Reserve de Estados Unidos, frente al problema de la deuda externa, permitió a bancos hacer inversiones en áreas distintas a las netamente financieras, situación que no estaba permitida antes". Es decir, a los incentivos entregados por la dictadura se sumó la decisión oficial norteamericana de estimular la transformación de papeles en patrimonios físicos. Es la concreción de una política diseñada por Henry Kissinger hace varios años atrás. El Citibank ha actuado de preferencia en Chile asociándose a proyectos del consorcio Shell. Otras instituciones financieras norteamericanas que han procedido de igual modo han sido el Bankers Trust, el Security Pacific y el Continental Illinois Bank.

El "mapa de la extrema riqueza" como consecuencia de la extranjerización de la economía, del proceso de privatizaciones y de los constantes esfuerzos de la dictadura dirigidos a recomponer el capital financiero nacional, se ha modificado en la década de los ochenta profundamente. Más aún cuando los mayores grupos económicos desarrollados en los años inmediatamente posteriores al Golpe de Estado encontraron en colapso durante la crisis cíclica de inicios de la década. La situación actual es muy distinta a la analizada a fines de los años setenta por Fernando Dahse.

Si se analiza dicho mapa a mediados de 1989, entre los grupos económicos de origen interno destacan los encabezados por Eliodoro

Matte y Anacleto Angelini. El patrimonio al 30 de Junio de 1989 de las principales sociedades del grupo Angelini- asociado, eso sí, en varias de ellas con Carter Holt Harvey era de 1.568,9 millones de dólares. Por su parte, las de Eliodoro Matte tenían patrimonios del orden de los 1.499,8 millones de dólares. Al igual que los principales consorcios transnacionales, ambos grupos se han ido desarrollando de preferencia en relación al sector exportador.

En el "mapa de la extrema riqueza" destacan a continuación cuatro empresas privatizadas en la segunda mitad de los años ochenta. Varias de ellas ha tomado la forma de holding y realizado inversiones en sectores diferentes a los habituales. Son ellas, en orden de magnitud de sus patrimonios, Endesa, CAP, Compañía de Teléfonos de Chile y Soquimich. Este hecho es demostrativo de la política de la dictadura ha generado nuevos grupos internos de poder o ha facilitado la presencia de la economía chilena de consorcios transnacionales a través del proceso de privatizaciones. El accionista mayoritario de CAP es el grupo suizo Schmidheiny, que a Octubre de 1989 poseía un 29,3% del capital social. La Compañía de Teléfonos de Chile, por su parte, fue entregando a través de oscuras operaciones al control del discutido grupo australiano dirigido por Alan Bond.

Los procesos de privatización muestran al mismo tiempo el significado real del llamado "capitalismo popular". De una parte, éste ha sido un mecanismo de centralización financiera. Los "capitalistas populares" han facilitado que los grandes intereses dominantes en estas sociedades tomen su control con inversiones menores. De otro lado, en no pocos casos ha conducido a que los ejecutivos de las hasta ayer sociedades estatales - constituyendo empresas de trabajadores ad hoc - pasen a ser importantes directivos de ellas al momento de ser privatizadas. Por ejemplo, "trabajadores" de Soquimich - en conjunto según algunas versiones con el consorcio financiero norteamericano Bankers Trust - eligieron presidente del directorio de la empresa privatizada al yerno de Pinochet, Julio Ponce Lerou. Soquimich es hoy holding con presencia en otros sectores económicos. Por ejemplo, ha pasado ha ser uno de los principales accionistas de la Industria Azucarera Nacional S.A., IANSA, la principal agroindustria nacional, que también fue privatizada.

Un patrimonio similar al de Soquimich, del orden de los 250 millones de dólares, posee el grupo económico encabezado por Carlos Cardoen. Este grupo no figuraba al finalizar la década de los setenta en el "mapa de la extrema riqueza". Su expansión ha sido particularmente vertiginosa, gracias a sus negocios en la industria bélica. Es un grupo que nació con el activo apoyo del régimen y que luego se desarrolló, en una segunda etapa, aprovechando un largo conflicto bélico entre Irak e Irán. Su producción de carros blindados para el Ejército, que marcó su momento de despegue, se efectuó - como ha declarado el propio empresario - utilizando un adelanto en dinero otorgado por el adquirente. Al iniciar la exportación masiva de bombas de racimo a Irak, el grupo dejó de depender básicamente del mercado interno y de las adquisiciones del Ejército. Hoy Carlos Cardoen tiene presencia en un amplio abanico de actividades, sin abandonar la industria de armamentos. El conglomerado Cardoen tiene además la particularidad de ser un grupo de origen chileno con inversiones en numerosos países extranjeros. Sus inicios vuelven a dejar en evidencia que muchos importantes intereses económicos actuales surgieron gracias al apoyo que les brindó directamente el régimen.

Los grupos económicos y holdings de mayores patrimonios en los últimos años ha venido obteniendo elevadas utilidades. Los grupos Angelini y Matte, más Endesa, CAP, Compañía de Teléfonos de Chile y Soquimich obtuvieron ganancias en el primer semestre de 1989 de casi 500 millones de dólares- o sea están logrando utilidades del orden de los 1.000 millones de dólares anuales, suma considerable para una economía como la chilena con producto Geográfico Bruto del orden de los 22.000 millones de dólares. La rentabilidad del conjunto de las sociedades anónimas abiertas, de acuerdo a datos de la Superintendencia de valores, es de más o menos un 22%.

Estas elevadas ganancias han seguido un curso diferente al experimentado por las remuneraciones. Un estudio publicado en la revista de la Escuela de Negocios de Valparaíso, que se efectuó usando datos de la encuesta de Ocupación de la Universidad de Chile, constató que en marzo de 1989 las remuneraciones reales de los obreros eran un 17% inferior a las obtenidas en 1982. En el caso de los empleados, esta reducción alcanzaba,

haciendo la misma comparación, a un 27%. La superexplotación ha constituido un componente básico en el modelo económico seguido, transformándose en una de las principales "ventajas comparativas" de la economía chilena. La reducción de remuneraciones es particularmente fuerte para los salarios mínimos. En 1988, su nivel era de apenas un 53,6% del existente en 1980. Si la comparación se realiza con el año del golpe de Estado, la reducción es aun más brusca. El salario mínimo en 1988 equivalía apenas a un 28,4% del existente en 1973.

Desde la óptica del ingreso, en el país existen "dos Chiles", sin embargo, la superexplotación y la marginalidad son componentes de la política seguida, y si se examina así, en realidad existe solamente "un Chile". Los niveles de remuneraciones - como escribe Manuel Riesco - no pueden explicarse "sino por razones extraeconómicas. La política económica de la dictadura se ha orientado principalmente a mantener bajas las remuneraciones, siguiendo fielmente al respecto los dictados del FMI...la mantención de las remuneraciones a un nivel bajo es la condición esencial que permite a la economía servir la deuda externa" (páginas 352-353).

El desarrollo capitalista del país, durante los años de dictadura, resulta innegable. Ha sido impulsado por los procesos internos de la economía chilena y también por la evolución internacional. En realidad, varios hechos que son presentados como resultado del esquema seguido en Chile, corresponden a tendencias mundiales. Ello no niega el hecho que la política aplicada a su vez ha acelerado determinados procesos. En el país, las políticas más favorables al gran capital - al imponerse mediante la violencia - se ha expresado de una manera más acentuada. En contra de lo que se expresa por la propaganda oficial, ello se ha logrado haciendo un amplio uso del aparato del Estado y de resortes extraeconómicos.

En los años de la dictadura, el país se a modificado. El desarrollo capitalista, como es usual, ha creado y destruido al mismo tiempo. Los cambios se han dado igualmente en el seno de la sociedad. Por ejemplo, la clase obrera presenta grandes modificaciones con 16 años atrás. Actualmente es más numerosa. Riesco polemiza acertadamente con los analistas que han hablado de la pérdida de su peso específico. Esta clase, al

mismo tiempo, es menos homogénea que ayer. Los diferentes componentes de proletariado no han crecido de la misma manera. Se han producido cambios dentro de los asalariados industriales. El aumento del proletariado agrícola y de los trabajadores de la esfera de los servicios y del comercio es muy significativa. Ello influye dentro del propio movimiento sindical. La realidad económica del país y su composición de clase no puede examinarse con los parámetros de ayer. El estudio del desarrollo capitalista experimentado es una necesidad. De allí la importancia del trabajo de Manuel Riesco, el cual invita a investigar cada día a profundidad una realidad que, por ser tal, implica siempre cambios.

"Desarrollo del Capitalismo en Chile Bajo Pinochet" toma partido en debates ideológicos importantes acaecidos en estos años. Los debates subsisten. Actualmente, por ejemplo, es común en muchos sectores hablar del "éxito" del esquema económico aplicado por la dictadura - que corresponde en lo esencial a las orientaciones entregadas por el FMI, el Banco Mundial y la banca acreedora - sin prestar atención

Hugo Fazio

Economista,
Presidente del Banco Central de Chile en el Gobierno de Salvador Allende